

CENTROS CULTURALES Y REDES EUROPEAS

Javier Brun

Miembro del Comité Ejecutivo del Forum of European Cultural Networks

Técnico de Cultura del Ayuntamiento de Huesca

(Ponencia en Vitoria Gasteiz. Jornadas Centros Cívicos y Servicios de Proximidad - 1998)

La inclusión de esta ponencia en la mesa redonda tres, bajo el título “Centros cívicos y trabajo en red: plataformas, circuitos y sistemas” tiene un aspecto positivo, a la vista de la temática que mis compañeros abordan, pero también resulta un riesgo por la necesidad de aclarar conceptos que en la actualidad se mezclan.

Veo que hemos sido colocados en un mismo saco un escritor que propone un modelo de centros cívicos virtuales, un experto en redes telemáticas, y yo mismo que, pese a confesarme cibernético compulsivo, provengo del ámbito de la gestión cultural y he venido a hacer un discurso más allá de las nuevas posibilidades que nos brindan las tecnologías de la información y comunicación, en su más balbuceante expresión actual, poco menos que un burdo espejismo de lo que nos depara el inmediato futuro.

Provoca cierta inquietud el hecho de que la gente hable cada vez más de redes (y menos de sexo cuando era éste el tema de conversación habitual). Inquietud porque, como todo el mundo sabe, como sucede en el segundo caso, cuanto más se habla de algo, menos se practica, con lo que el trabajo en red en estos momentos posiblemente pase por sus momentos más bajos (bienvenido sea el crecimiento demográfico que nos espera. ;-)

Es necesario insistir en que las redes existen desde que el mundo es mundo. Ejemplos de ello tenemos desde la liga Hanseática, en plena Edad Media, hasta las actuales mafias rusas y tríadas chinas, pasando por innumerables ejemplos como la eficaz comunicación tejida entre los enciclopedistas. Por ello, no nos equivoquemos ni simplifiquemos la situación confundiendo un sistema de trabajo y de sinergias, con Internet, pese a que éste último sea el vehículo por el que circule la información que antaño fuera por correo, paloma mensajera o teléfono; y que la telemática haga posible la ampliación del territorio en el que las redes se implantan de manera eficiente, superando la proximidad geográfica para abarcar la totalidad del mundo.

De cualquier modo, es importante insistir en que la red es más una forma de organizarse, que una organización o entidad en sí misma. Por ello resulta irónico cómo en ocasiones se nos llena la boca de grandes palabras al hablar de redes de centros culturales, redes de centros cívicos, redes de teatros, de auditorios, etc. Sea cual sea el título que le pongamos a una estructura como las que mencionamos, lo importante no es el nombre en sí mismo, sino la forma en la que se comparten el poder, la información y las responsabilidades. Ello, como ya indicaran algunos estudiosos (*The Effect of Graph Layout on Inference from Social Network Data* - Jim Blythe, Cathleen McGrath y David Krackhardt) está determinado, entre otros factores, por la estructura geométrica que representa la interrelación entre los nodos de las redes sociales.

Así pues, debemos observar de manera crítica el modelo geométrico que responde a la circulación de los flujos de información y decisión en nuestras llamadas redes. Es posible que en ese momento pongamos en tela de juicio dicho calificativo. Anne van Otterloo definió red cultural como *un grupo de individuos en el que todos asumen responsabilidades para conseguir objetivos compartidos*, mientras que el sociólogo Michel Bassand hacía lo propio indicando que se trata de *un sistema dinámico de comunicación, cooperación y asociación entre individuos o grupos*. Sea cual sea la definición que más nos guste, lo cierto es que con toda seguridad muy pocas de las estructuras descentralizadoras que conocemos en el ámbito de los centros culturales responden a

estos conceptos y no son más que fórmulas que, con una mayor o menor fortuna, intentan optimizar recursos y economizar esfuerzos, estando en muchos casos centralizada la toma de decisiones y siendo los diferentes centros un brazo ejecutor en gran medida.

Tras hacer una de las visitas a los merecidamente famosos centros cívicos de Vitoria-Gasteiz programadas durante estas jornadas, uno se queda impresionado gratamente de la calidad del servicio allí ofrecido, del grado de aceptación por parte de los usuarios, la bondad de las instalaciones, etcétera. Del mismo modo, como sucedería en cualquier otro modelo, nos abordan una serie de interrogantes que, en mi caso se centran en temas relacionados con conceptos como la uniformidad, el grado de dependencia o autonomía, la especialización, etc.

En una situación que para mí sería ideal, cada centro cultural se encontraría siendo nodo de, al menos dos redes distintas: una interna y otra exterior. La primera tendría una componente determinada especialmente por el territorio en el que se implanta, mientras que la segunda (o segundas) tendrían más que ver con conceptos de oportunidad, de afinidad temática, y conectarían proyectos o servicios prestados con homólogos de ámbitos geográficos distintos. Ello podría contribuir a una apertura internacional de los sistemas territoriales y a una mayor diversidad dentro de los mismos.

De cualquier modo, algunos se preguntarán, para qué estar en redes culturales europeas, qué beneficios podríamos obtener de las mismas. La inglesa Judith Staines, experta conocedora de la problemática de las redes culturales comunicaba los resultados de un trabajo realizado para el Informal European Theatre Meeting, quizá la red europea de mayor importancia por el número de asociados, en el que se les preguntaba a éstos últimos cuál era la motivación por la que ellos habían tomado la decisión de pertenecer a esa organización. Un 69% contestaba que *para hacer contactos profesionales*, el 50% *para encontrar socios eligibles para proyectos con financiación europea*, el argumento del 31% era *para dar a conocer sus propios proyectos y organizaciones*, el 28% dijo que eran miembros *para tener un punto de vista objetivo de su propia organización*, el 27% *para encontrarse con profesionales que no verían en circunstancias normales*, y finalmente, el 17% apuntaba que *para promover una voz europea para las artes interpretativas*.

Posiblemente debido a éstos y otros motivos, el hecho es que las redes culturales han jugado un papel creciente en la política cultural europea, convirtiéndose en un interlocutor de las organizaciones supranacionales, en un momento en el que los estados-nación sufren un progresivo declive. En algunos foros se ha llegado a afirmar la existencia de una nueva *diplomacia horizontal* que, en el terreno cultural tendría a las redes culturales europeas como uno de sus protagonistas más destacados. No en vano, una realidad labrada durante tantos siglos de historia, las *viejas heridas* de las recientes y antiguas guerras, un espacio geográfico y humano tan complejo en donde perviven diferentes lenguas y religiones es algo que no puede ser borrado a través del Diario Oficial de las Comunidades Europeas. Y aquí es donde entran en juego estas organizaciones, a menudo informales, en ocasiones más estructuradas, pero en las que, en pie de igualdad sus miembros están contribuyendo a la cohesión en las diferentes regiones europeas. Las relaciones más fructíferas ya no se crean de arriba a abajo, sino a través de los agentes que intervienen en cada ámbito, temático y territorial.

Poco a poco toda la sociedad ha adquirido una dimensión internacional. Para dar respuesta a los nuevos desafíos que se dan en nuestra economía tan interdependiente, es preciso que los individuos y colectivos especializados tengan métodos de trabajo que faciliten y aceleren transmisión del conocimiento y de los flujos de información. Esta es una de las explicaciones por las que el fenómeno de las redes, no siendo nuevo, ha incrementado su aspecto transnacional y ha conocido una eclosión desconocida anteriormente.

Rod Fischer, del Arts Council de Inglaterra, en la primera edición de *arts Networking in Europe* indicaba que, pese a que el fenómeno de las redes no era algo nuevo en cultura, había adquirido una importancia central en los últimos años debido a tres razones fundamentales, que él identificaba como: a) Los movimientos hacia el espacio cultural europeo con la creación del

Mercado Único b) El deseo de interacción en el campo cultural del Centro y Este Europeos, como consecuencia de los cambios fundamentales políticos que tuvieron lugar desde 1989, y c) la percepción de que esta puede ser la llave que desbloquee fondos de las agencias supranacionales e intergubernamentales.

De entre las diferentes entidades existentes en el panorama europeo, dos serían las redes a destacar en lo referente a centros cívicos y culturales, por su implantación y complementariedad. La primera de ellas, una de las más veteranas (1983) y activas es *Trans Europe Halles*. Con sede central en Francia, agrupa a centros culturales de carácter alternativo, multidisciplinarios y multifuncionales, gestionados independientemente de administraciones públicas o empresas lucrativas y que fueron previamente edificios de tipo industrial. Con implantación en prácticamente todo Europa (no sólo la U.E.), centra sus objetivos en el arte joven y, cada vez más en el diálogo creativo norte-sur y este-oeste. En el Estado Español se halla representada por el *Ateneu Popular Nou Barris* de Barcelona. Complementando la anterior se encuentra la *European Network of Cultural Centres*, que, con sede central en Bélgica, agrupa a equipamientos gestionados profesionalmente, de titularidad o con apoyo público, con un programa cultural multidisciplinar con el acento en la difusión cultural y en la educación en materias artísticas, de carácter básico.

La extensión de esta forma de trabajo en el sur de Europa y, más concretamente en España, es una tarea primordial en un país en el que hay una muy tímida implantación de este fenómeno, fruto de distintos factores, como la excesiva institucionalización de los proyectos culturales, la falta de continuidad de los equipos gestores de los mismos, una ubicación geográfica periférica, el tan conocido *aislamiento histórico*, o la llegada tardía al proceso de construcción europea, hasta otros motivos más prosaicos, pero no por ello menos importantes, como la falta de dominio de idiomas entre la población de este país.

Es por ello por lo que cualquier esfuerzo realizado para divulgar y promover la pertenencia a redes culturales europeas será positivo y contribuirá a paliar una circunstancia que no facilita la adopción de nuevas soluciones a nuestros problemas y nuestra integración en un ámbito cada vez más amplio, pero más interdependiente.